

IDENTIDADES CRUZADAS EN UN MUNDO UNIVERSALIZADO 1810-2010

PEDRO PÉREZ HERRERO

Universidad de Alcalá

Universalización, nacionalismos y *glocalización*

Una realidad manifiesta de nuestros días es que se han difuminado las fronteras de las naciones, los Estados y los mercados a lo largo y ancho del globo terráqueo. Los medios de comunicación nos muestran a diario que los gobiernos de los Estados han perdido fuerza tanto hacia arriba (como consecuencia de la presencia de organismos multilaterales) como hacia abajo (resultado de los procesos de descentralización política), que la globalización económica ha reducido el margen de maniobra de los mercados nacionales en sus antiguos territorios, que un reducido grupo de empresas transnacionales es capaz de tomar decisiones globales sin la participación directa de las burguesías nacionales, que las emigraciones internacionales están cambiando las percepciones de las identidades nacionales, que las lenguas habladas se han dispersado y mezclado, con lo que ya no se corresponden con las fronteras de los Estados que se crearon a comienzos del siglo XIX, y que están resurgiendo, precisamente cuando los procesos de universalización son más intensos, algunas identidades locales, etnoculturales y religiosas que se consideraban una reliquia del pasado.

Ciertos analistas catastrofistas han planteado que el choque entre culturas, la contienda entre religiones y el desajuste medioambiental son inminentes e inevitables; y los pensadores más fundamentalistas han interpretado que el hombre ha contaminado el planeta torciendo el camino marcado por el Creador, por lo que es necesario enderezarlo. Algunos académicos prefieren alegar que las bases ideológicas del mundo occidental —y en especial los principios políticos liberales sobre los que se construyeron las sociedades democráticas actuales— han dejado de funcionar como es debido puesto que no son capaces de garantizar la convivencia pacífica de los distintos grupos de poder, sociales, culturales y religiosos existentes. Muchos han aducido que una posible forma de restablecer el orden perdido es potenciar los valores nacionales sobre los que se construyeron los actuales Estados-nación a comienzos del siglo XIX.

Obviamente, la celebración de los bicentenarios se consideró un marco institucional excelente para impulsar estos objetivos. Los más exaltados, preocupados por la idea obsesiva de que millones de emigrantes están invadiendo el mundo desarrollado a través de unas fronteras cada día más permeables y difíciles de vigilar, y porque su presencia podría causar la destrucción de Occidente, han comenzado a contemplar con mejores ojos regímenes autoritarios y discursos xenófobos defensores del orden jerárquico, aun a sabiendas de que ello implica renunciar a muchas de las libertades y los derechos adquiridos con tanto esfuerzo durante los últimos siglos. Un tercer grupo de analistas ha preferido girar la mirada hacia la multitud de pueblos y culturas no occidentales para comprobar si existen allí atisbos de formas alternativas para comprender las distintas posibilidades que tienen los seres humanos de integrarse en un mundo plural. Estos pensadores percibieron también en los bicentenarios el escenario adecuado donde presentar y debatir sus ideas.

Al finalizar la primera década del siglo XXI no parece que haya habido un acercamiento de posiciones, debido en buena medida a que muchas de las tesis enunciadas se retroalimentan entre sí, fortaleciéndose exponencialmente en la misma proporción en que aumentan sus exageraciones para tratar de legitimar sus interpretaciones y ganar adeptos. El hecho de que gran parte de los analistas basen sus argumentos en una idealización del pasado que pretende congelar la evolución del futuro constituye una dificultad añadida, pues cobran una fuerza peligrosa algunos discursos excluyentes basados en la homogeneización y la negación del contrario, con lo que se obstaculiza la construcción de un escenario que permita la creación de un mundo compuesto por sociedades plurales, tolerantes y pacíficas. Asimismo, otro resultado nefasto de estas interpretaciones estereotipadas sería que muchos ciudadanos, afectados por la ola de pesimismo, acaben sintiendo que se ha llegado al final de la historia y que en el discurso del sálvese quien pueda en el que nos hallamos inmersos en la actualidad terminen considerando algo natural —o irremediable— la corrupción, el narcotráfico, la desilusión, la despolitización, la violencia y la guerra.

Comparada con el resto de las regiones en el entorno internacional, la situación de América Latina en 2010 muestra varias semejanzas y diferencias. Un hecho diferencial indiscutible es que las economías latinoamericanas —medidas en macromagnitudes con datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)— presentan tasas de crecimiento económico superiores a las de Estados Unidos y la Unión Europea (que oscilan entre las más altas de Brasil y las menores de Centroamérica). Desde el punto de vista político, se constata que se han instalado en la región regímenes democráticos (en su definición minimalista). Todos los gobiernos —salvo el caso de Cuba— han sido elegidos mediante la celebración de comicios limpios; en algunos casos relevantes, incluso se ha procedido a la alternancia pacífica de los partidos políticos en el gobierno y se han frenado los distintos intentos de golpes de Estado. Desde el punto de vista social, se aprecia que las fuertes tensiones existentes ya no se resuelven de forma violenta, sino en el marco constitucional de las instituciones vigentes —partidos políticos, sindicatos—, con lo que las revoluciones se han convertido en una reliquia del pasado. Por supuesto, siguen existiendo problemas de difícil solución. Nadie duda de que es preciso seguir trabajando para mejorar la calidad de la democracia y garantizar el funcionamiento transparente de las instituciones, requisito indispensable para el desarrollo de los Estados de derecho. Preocupa la extensión

de los sistemas populistas demagógicos, la reducida confianza que despiertan los políticos en la ciudadanía, la expansión del narcotráfico, el avance de la corrupción y la inseguridad, el deterioro institucional, el deficiente funcionamiento de la justicia, el aumento de las tasas de paro y la generalización de la pobreza, pero debe tenerse en cuenta que estos problemas no son males específicos y exclusivos de la región. Se han globalizado.

Donde sí parece observarse un comportamiento distinto de la región con respecto al resto del mundo es en la repercusión que están teniendo el incremento de la informalidad, la reducción de las clases medias, la extensión del desempleo entre los sectores jóvenes de la sociedad y la intensificación de los flujos migratorios. América Latina muestra pronunciadas diferencias regionales —sociedades, culturas, espacios, economías, lenguas—, pero en casi todos sus rincones se aprecia en los últimos años una modificación en el modo de percibir las identidades colectivas y los sentimientos nacionales. Como es natural, cada grupo sociocultural ofrece intensidades, tonalidades y características propias. Ante el aumento de la inseguridad laboral y la desconfianza en los sistemas públicos de protección social, así como la creciente descentralización y competencia de los mercados internacionales, parte de la mano de obra ha optado por un proceso de autoexplotación, en condiciones miserables de trabajo, para subsistir —el sistema de las maquilas— o bien ha decidido emigrar a otras regiones —dentro y fuera del continente— para encontrar las posibilidades de sustento que no le ofrecen sus países de origen.

Una segunda reflexión conectada con la anterior es que la mayoría de las veces los millones de emigrantes procedentes de infinidad de regiones diferentes de América Latina no llegan a sus destinos —dentro de la propia América Latina, Estados Unidos o la Unión Europea— de forma directa como resultado de un único viaje, sino que se embarcan en una marcha permanente en la que cada punto de llegada acaba por convertirse en un nuevo punto de partida hacia un futuro que está en movimiento constante. Los emigrantes llevan sus culturas consigo, pero al ir incorporando valores nuevos según se van desplazando van modificando sus referentes de identidad originales. Ello hace que en la mayoría de los casos, pasado un tiempo desde la primera salida del lugar de origen, muchos dejen de identificarse plenamente con sus connacionales en las regiones de las que partieron, sin llegar a conectar tampoco por completo con las sociedades de acogida ni con las regiones por las que han transitado. Se convierten en «transterrados» permanentes que van construyendo sus propias identidades. Son ciudadanos del mundo que no se acomodan del todo a los discursos nacionales de salida, tránsito ni llegada. Se observa que, comparativamente, las narrativas nacionales oficiales, aunque también varían con el paso del tiempo, muestran un proceso de adaptación más lento y complejo, lo que provoca puntos de desencuentro con los emigrantes.

Asimismo, debe destacarse que estos sentimientos de desarraigo con respecto al país de origen no son exclusivos de los emigrantes internacionales: han aparecido también entre los millones de habitantes de cualquier nación que trabajan en condiciones de informalidad, sin contratos ni marco legal que defiendan sus derechos y marquen sus obligaciones. El aumento del número de jóvenes que no consiguen su primer trabajo está generando tensiones palpables, pues son segmentos de población que no contribuyen a las arcas del Estado con impuestos directos sobre la renta de su trabajo, pero que pagan cuantiosos impuestos indirectos (IVA), injustos por ser fijos y por su carácter regresivo —la carga tributaria es proporcionalmente mayor para quienes poseen rentas menores—; tampoco



Bárbara Deister
Casas (Rio de Janeiro), 1996
Óleo sobre lienzo
41 x 33 cm
Colección particular

pertenecen a partidos políticos ni sindicatos porque consideran que no les representan adecuadamente y están dejando de identificarse con las ideologías políticas vigentes o las religiones tradicionales. No es casual que los nuevos credos, las maras, la delincuencia, las mafias y el narcotráfico crezcan exponencialmente en estos espacios. A su vez, la disminución de la oferta de prestaciones sociales —educación, sanidad, seguridad— por parte de los Estados debido a la crisis económica, la reducción de los ingresos públicos y el aumento de la corrupción, fomenta la enajenación de estas amplias capas de población de los sentimientos de pertenencia al colectivo nacional. Se juzgan traicionados, desheredados, desconectados del proyecto común del que formaban parte. No es extraño, por tanto, que comiencen a recuperar los valores que creen propios —familiares, locales, étnicos, lingüísticos—, pues los contemplan como un mecanismo de cohesión alternativo al nacional. Estos procesos están alcanzando mayor intensidad debido a la educación y los medios de comunicación: a los hijos de estas poblaciones —informales, desarraigados, emigrantes— no los están educando en los valores unificadores de los sentimientos nacionales, mientras que la rapidez de las comunicaciones —teléfono, Internet, radio, televisión— posibilita la construcción de identidades virtuales transnacionales. Por su parte, la familia ya no funciona como punto de anclaje con el pasado, y además hay que subrayar que su arquitectura se ha transformado, potenciando el papel de la mujer con el aumento de las unidades monoparentales, resultado de la ausencia del padre en busca de trabajo. Irónicamente, la universalización parece estar reforzando lo local, y las nuevas dinámicas familiares colaboran en el diseño de una renovada arquitectura de relaciones cruzadas supranacionales.

La patria chica crece, pero este hecho no debe interpretarse como el final inevitable y automático de la antigua nación. Los usos y costumbres de los distintos colectivos sociales y culturales no se conjugan sin roces con los tradicionales códigos de conducta nacionales. Lo global se está vinculando con lo local para dar lugar a la *glocalización*. Lo global está favoreciendo el resurgimiento de lo local, y la vigorización de lo micro está posibilitando la construcción de escenarios macro. En algunas ocasiones, los sentimientos nacionales se están transformando, sin que deba entenderse que están desapareciendo. Se están limitando a variar, pero hay que resaltar que lo están haciendo a una velocidad mayor de lo que cabía imaginar y, por tanto, sabemos cuál ha sido su comienzo, pero no cuál será su futuro en el medio y largo plazo. En cada región y localidad se están modificando con matices, intensidades y rutas distintas.

La multitud de historias de vida diversas que se han recopilado en los últimos años muestran que en muchas ocasiones los emigrantes prefieren identificarse con su familia, linaje o pueblo, sin que este hecho deba interpretarse como una renuncia a sus lazos nacionales de origen. Dichas historias de vida revelan que es más fácil transportar de un lado a otro las identidades familiares en mudanza constante, que adaptarse a los discursos nacionales de los lugares de llegada o conservar intactos los de salida. En las grandes ciudades o regiones —Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Texas, Chicago, Madrid, Barcelona, Murcia, Buenos Aires, São Paulo, Lima, Ciudad de México, etc.—, los inmigrantes suelen reproducir con mayor asiduidad que los nacionales sus lazos de origen familiares-locales. Las patrias chicas —localidad, familia— ofrecen un discurso de identidad basado en la solidaridad y permiten una convivencia más fácil porque no dependen de una narración basada en la negación del contrario, como ocurre en el caso de la mayoría de los nacionalismos. En la frontera norte de

México con Estados Unidos, la multitud de emigrantes procedentes de toda América Latina son percibidos como mexicanos, guatemaltecos, hondureños o colombianos; una vez que han logrado pasar al otro lado, como latinos o hispanos. Sin embargo, entre ellos se siguen distinguiendo por su pertenencia a determinados pueblos y familias. Estos procesos son evidentes cuando se contemplan las migraciones internacionales, pero no hay que pasar por alto que también se dan en las migraciones internas dentro de los propios países.

Ante este panorama, algunos analistas han planteado la necesidad de reforzar los sentimientos nacionales del pasado mediante la recuperación de la narrativa patriótica oficial, con la esperanza de lograr, de este modo, restablecer el orden y la cohesión perdidos. No obstante, los hechos nos señalan que el problema es complejo y que las realidades presentan diferentes aristas en cada localidad y tiempo, complicando que se atine con una receta única capaz de reorganizar las piezas de este tablero múltiple. Las investigaciones académicas realizadas en los últimos años parecen indicar que los sentimientos nacionales no deben conceptuarse como problema, sino más bien como síntoma de que hay otras muchas variables que se están moviendo con rapidez. Por tanto, no parece muy pertinente seguir defendiendo que cabe explicar las transformaciones sufridas por los sentimientos nacionales como una traición a los valores patrios. Un repaso a las experiencias del pasado tal vez ofrezca algunas luces para comprender la situación actual y valorar la viabilidad de los distintos escenarios que se están generando.

Intentos de integración de comienzos del siglo XIX

Los discursos nacionales se presentan a menudo en América Latina como algo inmanente en el tiempo y se relatan los procesos históricos como narraciones acabadas sin fisuras. No obstante, los historiadores sabemos que son construcciones que fueron fabricadas en función de las necesidades de cada época y región, y que por tanto no solo es posible modificarlas, sino que es necesaria su adaptación a los nuevos tiempos si no se quiere congelar el futuro idealizando el pasado.

En un primer momento, en América Latina se partió de un sentimiento más integrador de lo que las historias nacionales han transmitido. En 1810, tras la disolución de la Junta Central Suprema —creada el 25 de noviembre de 1808 y disuelta el 31 de enero de 1810— y el establecimiento de una Regencia (29 de enero de 1810), se autorizó la reunión de Cortes no estamentales en San Fernando (24 de septiembre de 1810), a la espera de la celebración de las Cortes Generales en Cádiz en 1812. En diferentes regiones americanas integrantes del sistema monárquico imperial hispano comenzaron a aparecer tensiones autonomistas, como consecuencia del vacío de poder creado tras la abdicación de Fernando VII en Bayona a favor de José I Bonaparte —jura ante las Cortes estamentales el 7 de julio de 1808, en Bayona, como rey de España, reconocida por el Consejo de Castilla el 20 de julio—. La abdicación de Fernando VII y la disolución de la Junta Central Suprema fueron interpretadas por algunos grupos como un acto de traición del monarca —al ceder la corona heredada a un extranjero— que resquebrajaba la arquitectura política que había permitido hasta entonces mantener unidas las distintas piezas que conformaban el sistema de la Monarquía imperial hispana. Se comenzó a plantear que la legitimidad de la soberanía recaía a partir de entonces en los «vecinos legalmente constituidos» —ayuntamientos, corporaciones

y comunidades indígenas, en el caso americano—. La tesis no era nueva, sino que procedía del siglo XVI —Vitoria, Suárez, Menchaca, Mariana, etc.—. En Nueva España (Grito de Dolores), Buenos Aires (Revolución de Mayo), Chile (Primera Junta de Gobierno) y Nueva Granada (Juntas autonomistas en Cartagena y Santa Fe de Bogotá) se reafirmó el derecho a decidir cómo organizar su futuro político —autogobierno— una vez que había desaparecido el nexo —corona— que unía entre sí a todos los reinos integrantes de la Monarquía hispana. Mientras tanto, en Caracas, Paraguay y Montevideo se proclamó la fidelidad a Fernando VII por entender que su abdicación no había sido voluntaria, sino forzada por Napoleón.

El proyecto político que propuso la Constitución de Cádiz de 1812 partía del reconocimiento de que todos los reinos que conformaban la antigua Monarquía imperial hispana seguían componiendo un conjunto político —nación española, en singular—, cuya pieza angular integradora debía ser ahora la Constitución en vez de la corona. No obstante, ello no supuso entender que existiera una ciudadanía uniforme en todas las regiones de los territorios del sistema monárquico imperial hispano. No fue casual, por tanto, que se reconociera la pluralidad de pueblos representados por sus respectivos municipios.

En el continente americano, coincidiendo con los procesos de independencia, el proyecto bolivariano planteó la necesidad de impulsar un proceso de integración política continental —Manifiesto de Cartagena de 1810, Carta de Jamaica de 1815, Congreso de Panamá de 1926—, pero no se alcanzó ningún resultado positivo. Los discursos regionales, primero, y nacionales, después, fueron más fuertes que dicha propuesta.

Discursos nacionales decimonónicos

A partir de las independencias latinoamericanas se fueron construyendo historias nacionales, una de cuyas finalidades era demostrar la existencia de una nación como germen y precedente del Estado creado tras las guerras independentistas. No por casualidad subrayaron la especificidad de cada una de las realidades y las diferencias con las experiencias de los países vecinos, poniendo de manifiesto que cualquier proyecto de integración política continental supranacional resultaría complicado de alcanzar.

Una vez consumadas las independencias, las repúblicas latinoamericanas construyeron un discurso sobre su identidad capaz de transmitir unos valores propios que aglutinaran a todos los miembros integrantes de una colectividad política, que era plural y heterogénea. Los problemas que surgieron no fueron pocos, pues se tuvo que elaborar una narración que vinculara los distintos colectivos humanos con tradiciones culturales diversas, a la vez que interconectar convenientemente a los grupos de poder regionales con intereses políticos y económicos a veces en pugna. No fue extraño, por tanto, que con la creación de las nuevas fronteras políticas de las recientes repúblicas, a comienzos del siglo XIX surgieran a menudo no solo conflictos entre los nuevos Estados independientes, sino además internos, debido a la frecuente ruptura de ciertas antiguas lógicas de interacción regional heredadas del pasado.

El sistema de la Monarquía imperial hispana permitió durante tres siglos, con mayor o menor acierto según las épocas, la coexistencia de diferentes unidades regionales con identidades propias, al mismo tiempo que facilitó la construcción de un espacio comercial intercontinental garante de unas reglas compartidas de actuación económica. En contraposición, a

comienzos del siglo XIX hubo grupos de poder que comenzaron a reclamar la reconstrucción de la centralidad perdida; otros pelearon por recuperar la autonomía regional; y los restantes pretendieron reconquistar el espacio de libertad municipal forjado a comienzos del siglo XVI por los conquistadores y limitado contra su voluntad durante los procesos centralizadores borbónicos de la segunda mitad del siglo XVIII. Caracas pugnó contra Coro y Maracaibo; Buenos Aires contra Montevideo y las ciudades del interior; Nueva Granada se atomizó en distintas unidades autónomas; y la Ciudad de México se enfrentó a las provincias centroamericanas y a las pretensiones autonomistas de las antiguas intendencias. El federalismo se presentó como una solución viable al problema de la atomización de los grupos políticos e intereses económicos de las distintas regiones, pero al no obtener una aceptación generalizada en todas las situaciones y tiempos se dio paso a cruentas guerras entre federalistas y centralistas durante la primera mitad del siglo XIX.

Las gestas y los héroes surgidos como resultado de las batallas por la independencia facilitaron la creación de una narración dicotómica de triunfadores-derrotados que se convirtió en la base de las historias nacionales con objeto de vincular los diferentes discursos identitarios regionales existentes. Así pues, no fue casual que estas historias que comenzaron a escribirse durante la primera mitad del siglo XIX centraran sobre todo su análisis en los movimientos de independencia con el propósito explícito de contraponer la historia de dominación monárquica colonial con la de la libertad republicana. Los historiadores de la época se dieron buena cuenta de que la legitimidad política de los Estados-nación surgidos a raíz de las guerras de independencia se apoyaba ineludiblemente en la sanción de las constituciones de las respectivas repúblicas, entendidas como actas de nacimiento fundacional. Eran el aldabonazo de salida para los nuevos Estados surgidos tras las guerras de independencia —interpretadas como luchas revolucionarias—, a la vez que la confirmación solemne de los logros alcanzados tras las batallas. De ahí que se gastara tanta tinta en narrar las guerras independentistas y se empleara tanto tiempo y empeño en subrayar la importancia de las constituciones que dieron vida a las respectivas repúblicas. Sin embargo, no hay que olvidar que estas historias nacionales, más allá de la motivación política del momento que las impulsaron, transmitieron unos sentimientos reales de pertenencia a una tierra que deben ser motivo de un análisis académico riguroso.

Si bien no existe ninguna duda entre los historiadores acerca de la construcción de discursos nacionales en América Latina con la misión explícita de forjar sociedades unificadas y mercados nacionales integrados, a comienzos del siglo XIX, otra cuestión diferente es si lo lograron y si su propósito persistió en el tiempo. Los principios liberales codificados en las constituciones debían garantizar que unos ciudadanos iguales ante la ley dispusieran de reglas comunes, se acabara con los privilegios y las desigualdades jurídicas de las sociedades de Antiguo Régimen del pasado, desaparecieran los tratos de favor y los poderes absolutos, además de erradicarse las relaciones de vasallaje que degradaban al individuo y dificultaban la movilidad social. Una moneda común, un ordenamiento comercial claro y un sistema impositivo adecuado debían facilitar la circulación de mercancías y de mano de obra, abaratando costes de producción y multiplicando la demanda. Sin duda, los principios políticos liberales ayudaron a construir una ciudadanía regida por el imperio de la ley, pero no hay que olvidar que el mismo proceso dificultó la existencia de sociedades plurales.



Anónimo
Alegoría del Zulia,
19 de abril de 1910
Gelatina de plata
Colección particular

Víctor M. Izurieta
Abdón Calderón,
Héroe de Pichincha, 1921
Óleo sobre lienzo
131 x 110 cm
Colección particular



Conformación de sociedades plurales

Desde el encuentro del Nuevo y el Viejo Mundo en el siglo XVI ha habido múltiples cruces de culturas en el continente americano. Pueblos americanos, europeos, africanos y asiáticos han convivido pacíficamente o en conflicto a lo largo de los siglos, generando un intrincado cruce de influencias culturales recíprocas. Cada grupo ha ido añadiendo al discurso sobre su identidad parte del vecino, con lo que se ha creado un conjunto interconectado en el que se hace complicado diferenciar las fronteras culturales divisorias.

Con la construcción de la ciudadanía tras la independencia y la generación de los discursos nacionales, cabía esperar que con el paso del tiempo se fuera difuminando el color distintivo de los diversos colectivos socioculturales de finales del siglo XVIII. No obstante, los datos históricos demuestran que se generaron procesos complejos. Curiosamente, en algunos casos la incorporación de nuevas prácticas políticas —elecciones, sistema de partidos—, económicas —ampliación de la lógica del mercado— y sociales —extensión de las clases medias urbanas, inmigración-emigración— dieron vida a situaciones inéditas distintas a las esperadas. En ciertas situaciones, las nuevas prácticas políticas liberales no solo posibilitaron la pervivencia de antiguas tradiciones culturales, sino que a veces las reforzaron. Las economías informales se convirtieron para muchos en el mecanismo que les quedaba para competir en la lógica del mercado; la familia y el régimen comunitario siguieron ofreciendo al individuo la ayuda y la protección que el Estado no era capaz de prestar; la emigración se convirtió en una válvula de escape y, al mismo tiempo, en un mecanismo que facilitó la propagación de algunas tradiciones locales a lo largo y ancho del mundo; y las nuevas comunicaciones no se tradujeron en una homogeneización automática de todas las culturas como algunos analistas anunciaron, sino que permitieron en ciertos casos la preservación de algunas y la construcción de nuevos conjuntos. No hubo —salvo dolorosos ejemplos de pueblos amerindios de los que hoy no queda ningún representante vivo— actores sociopolíticos que ganaran o perdieran todo. Las más de las veces los pactos y las componendas fueron la regla más que la excepción para casi todos los actores. Con frecuencia la guerra y los conflictos violentos pasaron a ser escenarios donde negociar el triunfo o la derrota, en lugar de convertirse en el símbolo de la dominación.

En el continente americano, la vida y la muerte, el amor y el desamor, la lealtad y la traición, el triunfo y la derrota están teñidos de un matiz latino que hay que entender. Música, sabores, historias, costumbres, valores, vivencias, cuentos, recuerdos, miedos, creencias, proyectos, realidades, esperanzas, fobias, cielos e infiernos se han cruzado, generando ricas mezclas con potencialidades insospechadas en las que es difícil discernir dónde acaba una época y comienza otra y cuál es la línea divisoria de las tradiciones africanas, americanas, occidentales y asiáticas. Una variedad casi infinita de pinturas, poesías, bailes, artesanías, novelas, películas, monumentos arquitectónicos, canciones y comidas así lo atestiguan. América Latina se siente, se oye, se saborea, se baila, se sufre y se disfruta. Es grande y es pequeña. Es plural.

Uno de los retos con que nos encontramos a comienzos del siglo XXI es que cada día resulta más complicado cruzar pacíficamente los discursos nacionalistas, regionalistas, localistas, etnicistas y fundamentalistas con los intereses de grupo, los partidistas y las estructuras económicas multinacionales. No obstante, una mirada atenta al pasado histórico nos puede



Anónimo
*Frailes arquitectos
e indios constructores*
(Resistencia, Argentina), 1908
Papel aluminado
11,9 x 17,3 cm
Colección CEDODAL

Villroy R. Richardson (atrib.)
*Corrida de toros en la Plaza
de Acho, Lima, c.1875*
Copia de negativo de vidrio
original
17 x 22 cm
Colección CEDODAL





Oscar Niemeyer
Edifício Copan
(São Paulo), 1957-1966
(Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales)

dar algunos rayos de luz para comprender mejor la situación actual. Es complicado combinar la pluralidad partiendo del principio liberal de la igualdad ante la ley. Una misma ley igual para todos no se combina bien con la defensa de los diferentes usos y costumbres de los distintos pueblos. Las sociedades estamentales del Antiguo Régimen permitieron la coexistencia parcial de tradiciones culturales, pero a cambio de impedir la maduración de los principios liberales democráticos. Fue necesario emprender una revolución para superar las rigideces que imponían. Parece, por tanto, adecuado realizar una reflexión académica sobre las novedades, rupturas y continuidades para ser capaces de imaginar una nueva épica que permita construir un mundo más flexible y pacífico. El cruce de tradiciones debe entenderse como riqueza, no como oposición, ni menos aún como pérdida de valores.

Narraciones del pasado y retos del futuro

A comienzos del siglo XXI las sociedades latinoamericanas han aumentado su complejidad a gran velocidad como resultado del cruce de distintas variables, pero no hay que olvidar que se están haciendo esfuerzos considerables para construir discursos integradores no solo comerciales, sino también políticos, sociales y culturales. El 8 de diciembre de 2004, los presidentes de los países de América del Sur decidieron crear en Cuzco la Comunidad Sudamericana de Naciones. Tras la Cumbre de Brasilia (30 de septiembre de 2005) y de Cochabamba (9 de diciembre de 2006), se tomó la determinación explícita de seguir el modelo de integración europeo. El 17 de abril de 2007 se resolvió —en la reunión celebrada en Isla Margarita— denominar a esta comunidad naciente con el nombre de Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), señalando que seguirían los ideales de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución francesa. El 23 de mayo de 2008, en la Reunión Extraordinaria de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en la ciudad de Brasilia, se estableció su tratado constitutivo y se eligió a su primera presidenta, Michelle Bachelet, por un periodo de un año. Quedaron fuera todos los países del Caribe, Centroamérica y México. UNASUR se planteó como objetivos prioritarios construir de manera participativa y consensuada un espacio de integración y unión en lo cultural, social, económico y político entre sus integrantes, utilizando el diálogo político, las políticas sociales, la educación, la energía, la infraestructura, la financiación y el medio ambiente para eliminar la desigualdad socioeconómica, lograr la inclusión social y la participación ciudadana, así como fortalecer la democracia.

En Sauípe (Bahía, Brasil) se celebró la I Cumbre de América Latina y el Caribe (CALC, 17 de diciembre de 2008). Tras analizar los efectos de la crisis económica internacional y subrayar que no hay una sola América Latina, sino muchas y que no existe todavía en la región un pacto de estabilidad ni instituciones comunitarias fuertes —como en la Unión Europea—, todos los representantes de los gobiernos de América Latina y el Caribe presentes decidieron establecer una alianza política —sin la intervención de Estados Unidos, Canadá ni la Unión Europea— para crear las bases de un marco regulador de defensa mutua contra los avatares del exterior. Brasil dio el visto bueno a dicho proyecto y México aceptó participar en el mismo. Su aparente novedad residió en que establecía el primer compromiso de integración política de todos los países de América Latina y el Caribe, con la explícita exclusión del mismo de Estados Unidos, Canadá, España y Portugal. Subrayamos el término de aparente, pues a

comienzos del siglo XIX, coincidiendo con el proceso de consumación de las independencias, se intentó algo parecido.

Paralelamente, se constata que desde hace años los pueblos americanos se vienen reuniendo con menor o mayor acierto en asambleas populares, con la intención de encontrar salidas a la situación actual derivada de los embates de los mercados y la falta de respuesta adecuada por parte de los representantes políticos. Coincidiendo con la fecha clásica del descubrimiento (12 de octubre), se reunió en 2010 en Bogotá el Congreso de los Pueblos con la explícita misión de «definir los criterios organizativos y metodológicos de la articulación social y política con todos los procesos que le apuesten a la construcción de propuesta de país» y de «recoger y fortalecer una agenda internacional para avanzar en la integración de los pueblos». En Cádiz se intentó algo parecido en 1812.

En 2010 el mundo sigue en permanente movimiento y transformación. Lo destacable como más novedoso es que la intensidad y rapidez de los cambios está exigiendo que arrostremos los retos con una nueva narrativa del modelo de sociedad que queremos construir, un discurso épico renovado que nos permita imaginar un futuro pacífico y plural. Es preciso repensar con detenimiento el pasado para apreciar con más libertad las distintas posibilidades que ofrece el futuro. No se trata de renunciar al pasado —ni de negarlo—, sino de estudiarlo para superar algunos estereotipos considerados válidos durante décadas, pero que están demostrando imperfecciones. Aunque no se pueda cambiar la historia, debemos darnos cuenta de que algunas interpretaciones del pasado no ayudan a abrir puertas del futuro. A comienzos del siglo XXI, América Latina necesita construir un nuevo discurso político plural en torno a su identidad, basado en la recuperación de un pasado real y no en una idealización del mismo. El futuro no debe construirse con pies de barro. No se trata de destruir los discursos nacionales, sino de rescatar del polvo de la historia los proyectos de integración, incorporando las adaptaciones que exige el guión de los nuevos tiempos. América Latina debe contar una historia plural en la que se muestre la complejidad y riqueza de los procesos en los que han intervenido múltiples actores y no seguir repitiendo una película plana de buenos y malos, independientemente del ángulo en el que decida colocarse el espectador.

Las narrativas nacionales y las identidades colectivas que se han sucedido en América Latina entre 1810 y 2010 deben comprenderse como partes integrantes de un conjunto dinámico cambiante con diferentes manifestaciones en el espacio y en el tiempo. Una de las características latinoamericanas más destacada es la enriquecedora interrelación de las diversas tradiciones culturales a lo largo de su historia y a lo ancho de sus tierras —en los ámbitos local, regional, nacional o continental—. Es preciso mostrar cómo las distintas tradiciones culturales —americana, occidental, africana, asiática— se han combinado, no siempre sin conflictos, en las diferentes épocas —indígena, colonial, nacional— y no se deben entender las distintas partes como piezas aisladas inmanentes en el tiempo o enfrentadas entre sí. América Latina es un conjunto poliédrico de múltiples caras que no puede contemplarse desde un solo ángulo ni desde una única época.

En un mundo universalizado se necesita construir una nueva arquitectura institucional que permita la convivencia pacífica a unas sociedades cada día más plurales, en las que las identidades se cruzan sin anularse. La enseñanza que nos está dejando el tiempo presente

es que los discursos basados en la negación del contrario han de ceder paso a otros más plurales e integradores; y que las historias nacionales unificadas e invariables en el tiempo se deben cruzar con la multiplicidad de las historias de vida en permanente movimiento. Los fundamentalismos —políticos o religiosos— y las soluciones demagógicas —populismos— están cosechando algunos éxitos a corto plazo en algunas regiones de América Latina, pero también sabemos que no tienen mucho futuro, pues viven de fomentar posturas maniqueas y mantener desigualdades para seguir legitimando las soluciones mesiánicas que propugnan. El Renacimiento (siglo XVI), la Ilustración (siglo XVIII) y el liberalismo político (siglo XIX) pusieron las bases del mundo moderno y lograron, no sin problemas, establecer una nítida separación entre ciencia —razón— y religión —creencias privadas— en aras de impulsar el conocimiento científico y el ensanchamiento del Estado. Por tanto, no parece adecuado volver a enfrentar la razón pública del Estado con la fe privada de los individuos.

La América Latina de hoy sigue evolucionando para adaptarse a los nuevos tiempos. A comienzos del siglo XVI, los espacios americanos fueron incorporados de forma brusca a los mercados internacionales e integrados en las estructuras occidentales de poder existentes, pero ello no significó la pérdida total de las tradiciones de sus pueblos. Se inició una historia de ida y vuelta, de cruce de caminos, de influencias recíprocas, de mestizajes culturales no siempre pacíficos. A comienzos del siglo XXI seguimos narrando historias en cierto modo parecidas. En el siglo XVI los colonizadores se desplazaron a las tierras americanas e impusieron de forma violenta sus tradiciones culturales; y la aparición del Nuevo Mundo en el escenario del Viejo Mundo facilitó el surgimiento del Renacimiento, con la consiguiente superación de la Edad Media. A comienzos del siglo XXI los latinoamericanos se han expandido pacíficamente por el mundo, multiplicándose los préstamos culturales. América Latina ya no termina en sus fronteras naturales geográficas. Se ha desbordado. El Atlántico se ha convertido en un Mediterráneo que vincula tradiciones y cruza historias. Quizá una de las lecciones de los bicentenarios será que los discursos nacionales del siglo XIX deben ser adaptados a las exigencias del guión que imponen las sociedades del siglo XXI. Probablemente estemos ante el inicio de un nuevo Renacimiento que nos permita evitar el regreso a edades medievales. El tiempo lo dirá. De lo que no cabe duda alguna es de que no podemos seguir diseñando un futuro a través de la negación del pasado, ni seguir viviendo eternamente en un pretendido presente inmóvil que basa su legitimidad en la defensa de un pretérito idealizado.